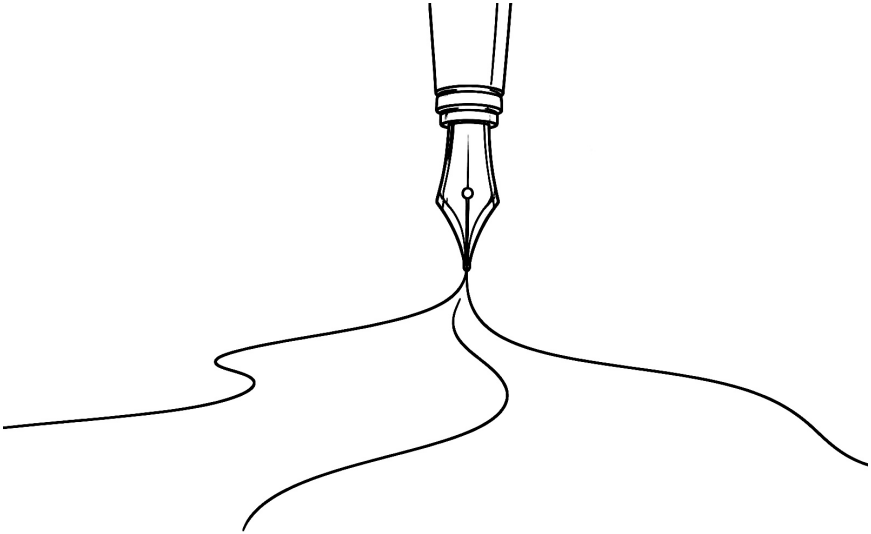


Ensayo & Error

Once ensayos.
Tres finales cada uno.



Guillermo Irure

Créditos

Ensayo & Error

© 2026 Guillermo Irure

Autor: Guillermo Irure

Sitio web oficial: guillermoirure.com

Contacto: guillermoirure.com/contacto/

Perfil profesional: linkedin.com/in/guillermoirure

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Si compartes o citas este contenido, por favor atribuye la autoría a Guillermo Irure e incluye un enlace a guillermoirure.com o a su [perfil en LinkedIn](https://linkedin.com/in/guillermoirure).

Índice

— Prólogo

01 La dignidad del naufragio

02 El peaje de encajar

03 El retrato de tu mirada

04 Lo que siempre estuvo ahí

05 La valentía sin argumento

06 La hoguera

07 Materia prima

08 La cinta en la cabeza

09 Los minutos de gloria

10 Instrucciones sin sentido

11 Vórtices de armonía

— Sobre el autor

Prólogo

Creo en las preguntas que no tienen respuesta. Creo que pensar es una forma de habitar el mundo.

Este libro reúne once ensayos que escribí el día 11 de cada mes de 2026, de enero a noviembre. No son artículos ni posts. Son intentos, que es lo que quiere decir *ensayo*: una forma de pensar en voz alta sobre algo que me inquieta, me obsesiona o no puedo dejar de darle vueltas.

Al releerlos juntos vi que hablan de lo mismo: cómo moverse desde un eje propio cuando falta la certeza. Decidir sin argumento, soltar, atravesar un tránsito, escribir tu propia instrucción, acercarte a los excesos sin perder el centro. Ninguno trae una respuesta. Todos miran el mismo terreno desde un lado distinto.

Ese terreno, para mí, es un mapa. Imagina un camino con una franja en el medio: el centro. Nadie vive ahí; se pasa. A un lado y a otro están los excesos, el alto y el bajo, y más allá de los dos, lo que llamo fuera de marco. La armonía no es un lugar de ese camino: es el conjunto entero. Por el camino te vas encontrando cosas: aprendizajes que se quedan, ajustes pequeños, sucesos que no estaban en el plan, alguien que anda un rato contigo.

El eje es lo que te permite recorrer ese mapa sin perderte cuando te alejas del centro. Y alejarte, como cuento en el último ensayo, puede ser una buena manera de encontrarlo.

Cada ensayo tiene tres finales, como los cuentos que les cuento a mis hijos antes de dormir, esos en los que ellos eligen qué puerta abrir. Es un juego que aprendí de niño leyendo a Gianni Rodari, cuyas historias no terminaban: se bifurcaban. Puedes leer los tres finales, quedarte con uno o inventar el cuarto que no escribí. El ensayo, al final, es tuyo tanto como mío.

Elegí el día 11 porque viene justo después del 10, esa cifra redonda y satisfactoria que cierra las listas y los mandamientos. El 11 es el comienzo de algo que ya no cabe en las categorías conocidas. Y se repite, 1 y 1, como un eco o un espejo.

En la web prometí que, cuando acabaran los once meses, escogeríamos juntos el final. Este libro es mi manera de cumplirlo: los once ensayos, con sus tres puertas, en un solo sitio, para que cada lector escoja el suyo. Qué viene después, si *Ensayo & Error* sigue el año que viene y en qué formato, todavía no lo sé.

Gracias por abrir la primera puerta.

01

La dignidad del naufragio

11 de enero de 2026



La has liado parda. Te has caído con todo el equipo. A mí también me pasó.

Pero eso no significa que hayas fracasado, por mucho que lo susurre ese pensamiento que vuelve justo antes de dormir. Un naufragio es la prueba más honesta de que tuviste el coraje de vivir a fondo. Y tiene una dignidad que nadie te cuenta mientras sigues tirado en la arena.

Seguro que puedes revivir el momento exacto: aquel viernes por la mañana en que el mar te escupió contra la orilla. La tormenta de los socios, la ambición, las olas del mercado que prometían llevarte lejos y solo te revolcaron contra las rocas.

Cuando el ruido se apaga y te quedas ahí, tiritando, calado hasta los huesos, el instinto no te pide volver a nadar. A mí lo que me pedía el cuerpo era caminar hacia el bosque. Si el mar fue el caos, el bosque fue el refugio. Y fue ahí, entre la maleza y el silencio, donde empecé a lamerme las heridas.

Necesitas ese baño de naturaleza, ese olor a tierra mojada que te baja las pulsaciones y te recuerda que el mundo seguía girando mientras tú te ahogabas. Caminar al sol entre árboles viejos, que han resistido heladas y sequías sin moverse un centímetro, te devuelve a las raíces.

Y en ese paseo no vas solo. Aparecen ellos, los leales, los que conversan sin prisa mientras pisáis hojas secas. No te preguntan cuánto perdiste ni qué vas a hacer mañana. Te dan la mano. Te escuchan. Y entre sus palabras y sus silencios recuperas algo parecido al equilibrio.

Durante mucho tiempo fui tan arrogante que creí que tenía que sangrarlo todo yo solo. Qué estupidez.

Por suerte, en el bosque aprendes a mirar las cicatrices ajenas sin envidia ni lástima, con humilde reconocimiento. Aprender en cabeza ajena es el acto de humildad más hermoso que conozco.

La del niño que fuiste, ese que soñaba a lo bestia sin miedo al ridículo, y la de los hijos que hoy te miran desde su estatura invencible. Hay una medicina brutal en llegar a casa derrotado y que tus hijos te reclamen para jugar, ajenos a tu catástrofe. Para ellos no eres el empresario fallido: eres el padre que está. El hogar y ellos son la trinchera definitiva.

Son ellos los que te empujan a soñar grande otra vez, por alegría y no por ambición. Te enseñan que merece la pena volver a saltar al vacío, porque si caes habrá suelo blando donde aterrizar: un bosque, una familia.

Ahora sí: tenemos frío, pero estamos vivos. Y desde este claro del bosque, con la ropa secándose al sol, nos toca decidir cómo seguimos caminando.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta del arquitecto

Volver a empezar no es levantar el mismo edificio en otro solar. Es entender, por fin, para qué sirven los cimientos.

Antes construíamos hacia arriba, olvidando que el viento sopla más fuerte en las alturas. Ahora diseñamos desde el refugio. La casa más firme no es la más alta, sino la que mejor se abraza a la tierra.

La dignidad de esta obra está en preguntarse, con el plano en la mesa: «¿Es este un lugar donde mis hijos podrán reírse a carcajadas? ¿Es un techo que me protege o una losa que me aplasta?».

Construimos de nuevo, claro que sí. Pero esta vez, la felicidad no es un adorno en la fachada. Es la viga maestra.

La puerta del jardinero

Para el jardinero, el fracaso no es una mancha que hay que limpiar, es compost. Todo ese dolor del viernes del naufragio se ha podrido bajo las hojas del bosque y ahora es el alimento más rico que existe.

La dignidad es la paciencia. Has aprendido mirando los jardines de otros que no se puede tirar del tallo para que la flor salga antes. Te dedicas a cuidar lo que te salvó: el entorno, la calma, el tiempo lento.

Tus nuevos proyectos no serán de plástico, serán de madera viva. Crecerán despacio, torcidos quizá, pero fuertes, sostenibles, alimentados por la verdad de quien sabe que después del invierno siempre vuelve la primavera. Y tus hijos comerán esa fruta, que será más dulce porque te costó más cultivarla.

No hay desastre que no sirva de abono. Eso lo sabe cualquiera que haya metido las manos en la tierra.

La puerta del narrador

El narrador sabe que el fracaso es solo el giro que hacía falta para que la trama tuviera sentido. Si no hubieras naufragado, jamás habrías entrado en el bosque. Jamás habrías tenido esas conversaciones que te salvaron la vida. Jamás habrías visto la luz de tus hijos con esta claridad.

La dignidad está en la memoria. En no esconder las cicatrices, sino en leerlas en voz alta. Te conviertes en el espejo donde otros se miran para aprender. Cuentas la historia sin vergüenza, honrando el miedo que pasaste y las manos que te sujetaron.

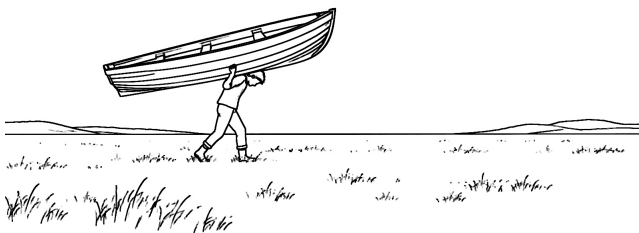
Vuelves a saltar al vacío, sí. Pero no porque hayas olvidado el golpe. Saltas porque ahora tienes una historia mejor que contar. Y sabes que el final feliz no es el éxito, ni el dinero, ni el aplauso. El final feliz es poder mirar atrás y decir: «Me equivoqué, me rompí, y sin embargo, qué hermosa fue la vida que reconstruimos juntos».

Somos las historias que nos contamos para no morirnos de frío.

02

El peaje de encajar

11 de febrero de 2026



Piensa en el encaje como un río. Hay corrientes donde tu barca fluye sin esfuerzo, donde el agua te lleva y todo parece diseñado para avanzar a tu paso.

Dejarse llevar por esos cauces es hermoso, y hasta necesario. Te ahorra el agotamiento de remar contra la corriente. Pero no todos los ríos van hacia donde necesitas ir. Y cuando te das cuenta, empieza otro fluir, distinto y menos ligero.

Uno de mis mayores descubrimientos fue entender que encajar y fluir no son lo mismo que pertenecer. Se puede ser parte de algo sin encajar del todo, con cierta fricción, aunque nos enseñaron a confundirlos. Y durante mucho tiempo acepté ese truco: desaparecer un poco a cambio de que alguien me hiciera un sitio en la mesa.

Es entonces cuando empiezas a necesitar salir del río, cargar la barca al hombro y atravesar el campo abierto en busca de otro afluente. Ahí no hay fluidez. Hay resistencia: piedras, ramas, brazos cansados de cargar con tu verdad entera. Los que se quedan en el río te miran desde lejos y preguntan por qué complicas tanto las cosas. No ven que su río no va a tu mar.

Sin embargo, en ese camino hay cosas heredadas que vale la pena conservar. Antes las tomabas por tradiciones vacías u obligaciones, y ahora las ves como un sistema de convicciones profundas que reconocías como tuyas antes de saber nombrarlas. Por ejemplo, la certeza de que tienes algo que aportar, de que tu talento existe para ponerse al servicio de algo más grande que tú. Eso nunca fue una carga. Era una brújula.

Piensa en nuestros padres, que tanto se esforzaban en encajar. Recibían reconocimiento y amor. Pero aquel acuerdo social los iba desdibujando hasta que ya no recordaban qué parte de sí habían dejado atrás. Como ese mueble del salón que presidía cada hogar, perfectamente ordenado, lleno de copas y platos finos en una casa que se caía a pedazos. La paradoja de

sostener algo extraordinario con ropa de domingo mientras todo lo demás se desmorona en silencio. Cuando creces viendo eso, acabas creyendo que el amor viene con condiciones.

No muestres demasiado, modula tu intensidad para que otros respiren tranquilos. Calla para evitar desaires. Y lo haces porque la armonía tranquiliza, te hace sentir querido, aunque jamás del todo comprendido. Durante años eso parece suficiente.

Hasta que un día das un paso importante fuera del guion y recibes juicio envuelto en preocupación. No preguntan de dónde viene ni qué significa. Simplifican, etiquetan, cierran la puerta. Y ahí te das cuenta de que tú también habías cedido a la inercia de una pertenencia mal entendida. Ya no sabes qué partes de ti son reales y cuáles son máscaras.

Ese es el momento de aceptar que llevabas tiempo cumpliendo un propósito, sí, pero con un método que te descomponía por dentro. Entonces toca soltar el molde: el que te dieron y el que construiste tú mismo creyendo que era tuyo. Ese guion no escrito que durante años te mantuvo a salvo, te dio estructura y te prestó una identidad.

Y entonces caminas. Sales del río sin mirar atrás y atraviesas el campo abierto. En ese tránsito aparecen otros que también se desviaron. Llegan en la universidad, en el trabajo, en el barrio, y traen algo inesperado: sus rarezas, sus no-encajes, sus

figuras. Eso te ayuda a entender las tuyas. Descubres que lo que cada uno escondía por vergüenza, juntos se puede nombrar sin pedir perdón.

Recoges formas de pensar, de sentir, de existir que otros valientes te muestran. Y construyes una orilla nueva que conserva el propósito sin pedirte que te disfraces.

La pregunta ya no es cómo encajamos, sino dónde elegimos poner nuestra energía.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de la embajada

Construyes tu embajada. Un territorio soberano en tierra extranjera, donde mantienes tus propias reglas mientras respetas el protocolo del país anfitrión.

Con los que nunca saldrán del río, compartes lo suficiente para mantener la conexión, pero proteges las partes que sabes que no pueden sostener. No es mentira; es traducción elegida, no impuesta. En tus nuevas relaciones muestras desde el principio las contradicciones, las complejidades. Algunas personas se van. Pero las que se quedan, se quedan de verdad.

La autenticidad es una práctica, no un principio absoluto. Mantienes tu espacio interior intacto mientras navegas el territorio ajeno con fluidez. Y encuentras una paz imperfecta pero real.

La puerta del concierto

Decides que el problema no es tu falta de encaje sino la tiranía del encaje mismo. Dejas de buscar tu lugar en sistemas que nunca fueron diseñados para contenerte. Construyes tu propio escenario.

Creas tu concierto. No preguntas qué quiere el público; tocas lo que necesitas tocar. Cada vez que alguien dice «eso es raro», dejas de traducir. Lo raro eres tú, y ya no pides permiso para serlo. Y aunque duele, dejas de responsabilizarte por su incomodidad.

El encaje ya no es el objetivo: lo es tocar lo tuyo, cada vez más alto. Quien conecta, entra. Quien no, se va. Y disfrutando desde el escenario descubres que había más personas esperando ese concierto específico de las que imaginabas.

La puerta de la tienda de espejos

Eliges permanecer en los espacios incómodos y convertirlos en espejos. No te vas, pero tampoco te adaptas. Te quedas exactamente como eres y usas tu diferencia como invitación.

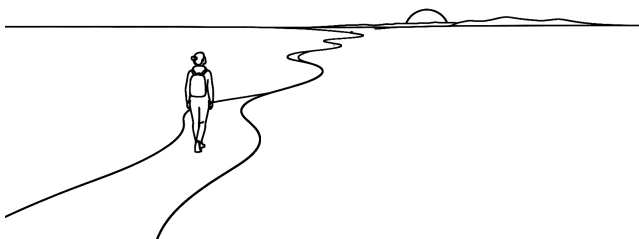
Cuando alguien sugiere que algo está mal en ti, preguntas: «¿Qué te asusta de esto?». No siempre funciona. A veces te quedas solo con la pregunta. Pero de vez en cuando alguien se detiene. Alguien baja la guardia y dice: «Tienes razón, tengo miedo, y no sé por qué».

Y en ese momento camináis juntos un trecho. Descubrís un encaje que no existía antes porque alguien tuvo la paciencia de preguntar en lugar de huir. No evitas la fricción: la usas como el fuego que permite ver con más claridad.

03

El retrato de tu mirada

11 de marzo de 2026



Hay días en que caminas mirando al suelo.

El peso se va imponiendo despacio, sin avisar, hasta que en algún momento dejas de levantar los ojos y ni siquiera lo notas. El suelo te devuelve los problemas, los errores, las decisiones pendientes. Y tú sigues caminando, muy ocupado, muy activo, mirando justo donde están todas las razones para no avanzar.

Y para no tener que mirar arriba, aprendes a llenarlo todo con una precisión que da respeto. Una serie de Netflix que empieza sola cuando el silencio se acerca demasiado. Viajes y planes

encadenados para que nunca haya un hueco donde pueda aparecer lo que no quieres escuchar. O sobrepensar una decisión hasta que desaparece bajo el análisis y lo que queda es la ilusión de estar resolviéndola.

Todo suena a responsabilidad, todo tiene buenas razones. Y mientras tanto la cabeza sigue bajando y el horizonte desaparece sin que nadie te lo haya quitado.

Lo que no sabes, o no quieres saber, es que ese ruido lo estás eligiendo tú. Y que debajo de él hay una voz que no se calla, que no grita, que solo espera a que el ruido baje lo suficiente para que puedas escucharla.

Pero la vida tiene sus propias formas de parar el ruido cuando tú no puedes. Un duelo. Un nacimiento. Un cambio que no elegiste del todo o que elegiste con más valentía que certeza. El caso es que en algún momento toca parar, y cuando lo haces, lo que aparece no es el caos que temías sino las pocas cosas enraizadas y profundas que siempre estuvieron ahí.

El cuidado, la entrega con foco, las relaciones que se mantienen porque son verdaderas, los momentos sin agenda. La certeza, que no necesita demostrarse, de que estás donde tienes que estar siendo quien tienes que ser. Esos son los anclajes. Los que te traen a la raíz de golpe, sin aviso, sin mérito tuyo. Y cuando llegan entiendes que la voz interior no se había ido. Eras tú el que había dejado de darle espacio.

Mi madre era el ejemplo contrario. No necesitaba que la vida la parara porque nunca había perdido el horizonte. Llevaba la voz puesta. Una sabiduría muy cultivada pero también nativa, irrepetible, de esas que no se aprenden sino que se reconocen cuando las ves de cerca. Sabía que no podía y aun así creía primero, con una convicción que no dependía del resultado ni del aplauso de la habitación en que estaba.

Mirándola como hijo entendí hacia dónde miraba ella. Y en esa distancia entre su mirada y la mía estaba todo lo que me quedaba por aprender. Desde que murió, la pregunta que hacía con su manera de vivir sigue resonando: ¿estás mirando hacia donde de verdad quieres mirar?

Yo tardé en responderla. Necesité dejarlo todo para levantar la vista del suelo. La ciudad, el trabajo, el círculo construido durante años. Había mucho ruido antes de ese día: el que te pregunta quién eres tú para empezar de cero, el que te recuerda todo lo que perderías, el que sabe exactamente dónde ponerse para que no lo llares miedo.

Y lo vi en la mejor compañía posible, junto a alguien que llevaba mirando hacia el mismo lugar mucho antes que yo. Porque hacia dónde miras no es solo una imagen: es lo que construyes y lo que te retrata.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta del cartógrafo

Decides mapear el territorio con honestidad, repasando con mimo el camino que pisaste. Ves los tramos donde el ruido te bajó los ojos sin que lo notaras. Los momentos donde llenaste cada hueco para no tener que quedarte quieto con la pregunta. Y ves también las veces que un anclaje te devolvió al horizonte sin que lo buscaras, que son más de las que recordabas.

El mapa no te dice a dónde ir. Pero ya no puedes mentirte sobre dónde has estado mirando. Y eso, cuando se acepta de verdad, es el único punto de partida que vale.

02

La puerta del guardabosques

Aprendes a reconocer cuándo empieza a bajarte la mirada. La textura particular del ruido que la baja, cómo suena cuando tapa las preguntas necesarias, cómo se disfraza de

responsabilidad o de sensatez o de trabajo bien hecho. Y aprendes también a cultivar los anclajes antes de que los necesites. El paseo sin destino. La conversación que no tiene hora de terminar. El silencio elegido, que es distinto al silencio que te asusta.

Hay personas que vivieron así de forma nativa, con la voz siempre accesible, sin necesitar que la vida las parara para escucharla. Su manera de estar en el mundo no pedía explicación. Y su recuerdo, cuando el ruido arrecia, es también un anclaje. Quizás el más hondo de todos.

03

La puerta del soñador

El soñador vive con los pies en la tierra y los ojos en lo que todavía no existe. Cultiva el silencio como otros cultivan la tierra, sabiendo que es ahí donde la voz crece, donde los anclajes echan raíz, donde las pocas cosas importantes encuentran su lugar sin tener que competir con el ruido.

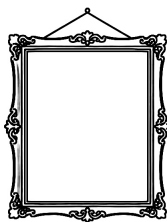
Y cuando el horizonte se nubla, que se nublará, vuelve al silencio. Sin miedo, con la certeza de alguien que ya sabe lo que hay al otro lado.

Porque soñar no es escapar de la realidad. Es negarse a perder el horizonte de vista.

04

Lo que siempre estuvo ahí

11 de abril de 2026



Hace unas semanas flipé hablando con alguien a quien creía conocer de memoria. Llevábamos años compartiendo proyectos, comidas, conversaciones largas. Tenía una imagen suya tan construida que ya casi no le miraba. Y entonces, en medio de un momento difícil que ninguno de los dos había buscado, hizo algo que no estaba en el guion. Una pregunta. Un gesto. Algo tan suyo y tan inesperado que me dejó callado.

Entonces me di cuenta de que llevaba años mirando el marco y no el cuadro. Eso duele un poco. Y a la vez es lo más estimulante que conozco. Porque significa que las personas que tengo al lado son más grandes de lo que soy capaz de ver. Que hay más. Que siempre hay más.

Los cambios de escenario hacen esto: rompen la coreografía. Y en ese desajuste aparece lo que estaba debajo. El talento que no tenía ocasión. La capacidad que no encontraba hueco. La versión de alguien que el día a día había ido tapando, capa sobre capa, sin que nadie lo notara, ni él mismo.

He visto esto ocurrir muchas veces. Y cada vez produce la misma sacudida.

Lo que me ha costado más entender es que ese talento puede emerger y desaparecer sin dejar rastro si no hay nadie presente de verdad cuando ocurre. Alguien que escuche sin estar ya preparando la respuesta. Que observe sin clasificar. Que aguante el silencio sin llenarlo de consejos. Que esté ahí con eso que, si lo miro de cerca, solo puedo llamar amor.

Durante años creí que acompañar a alguien significaba ayudarle a resolver. Aportar herramientas, experiencia, el mapa del territorio. Ser útil de la manera más visible posible. Pero hay algo más difícil y más valioso: ser el espejo en que alguien se ve por primera vez. El que refleja con fidelidad lo que ya existe y que la persona todavía no ha reconocido como suyo.

Ser ese espejo te obliga a limpiar el cristal primero. A trabajar tu propia mirada. A preguntarte qué partes tuyas siguen esperando el cambio de escenario que las saque a la luz. Y mientras ves crecer a los demás, tú también te mueves. Eso no lo esperaba. Es de lo mejor que me ha pasado.

Eso es lo que más agradezco de este año que termina y vuelve a empezar hoy, con un cumpleaños nuevo. Haber tenido ojos para ver esos momentos. Haber estado cerca cuando alguien mostró algo de sí mismo que quizás ni él sabía que tenía. Y haberlo dicho en voz alta. Porque nombrar el talento del otro es un regalo que no caduca, para los dos.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de la mirada

Elige a alguien de tu entorno. Alguien que creas conocer bien.

Durante los próximos días mírale de otra manera. Busca lo que todavía no has visto. Presta atención a los momentos en que hace algo que no encaja del todo con la imagen que tienes de él. Quédate ahí, en ese desajuste, en lugar de pasarlo por alto.

Cuando lo encuentres, díselo. Sin adornos, sin contexto elaborado. Simplemente: *oye, he visto esto en ti estos días. No lo sabía.*

Casi siempre genera un silencio primero. Y luego algo que se abre.

Mirar bien es un entrenamiento que nadie enseña pero que cambia todo. Requiere apartar el ruido, aguantar la incomodidad de observar sin actuar, resistir la urgencia de ser

útil de inmediato. Tiene premio. Cuando alguien se siente verdaderamente visto, algo en él se mueve. Y algo en ti también.

Eso es lo que más me apetece seguir haciendo en el año que empieza hoy.

02

La puerta del gesto

Una pregunta que de verdad espera respuesta. Un mensaje enviado porque sí, sin ocasión especial. El momento en que dejas de hablar y escuchas, con todo.

Los gestos pequeños tienen un alcance que los grandes no tienen. Llegan en la conversación rápida antes de una reunión. En la pausa que le dedicas a alguien que la necesita sin haberla pedido. En la mirada que confirma: *esto que estás haciendo importa. Tú importas.*

Una persona que se siente vista en los momentos cotidianos tiene una capacidad de crecimiento que sorprende hasta a ella misma. Lo he comprobado demasiadas veces para seguir llamándolo casualidad.

Hoy te propongo un gesto. Solo uno. A alguien cercano. Sin esperar nada a cambio. Y luego ya verás.

La puerta de la ilusión

La ilusión se alimenta de evidencias pequeñas. Ese gesto que no esperabas. Esa conversación que te sorprendió. Esa persona que en medio de un cambio te mostró algo que cambió tu manera de verla, y de paso la manera de verte a ti.

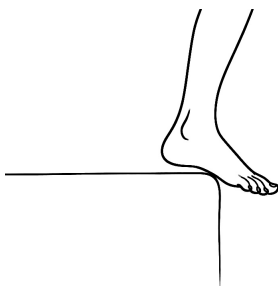
Cada año que pasa con los ojos abiertos suma más de esas evidencias. Y con el tiempo la ilusión deja de depender de las circunstancias. Se vuelve una postura. Una manera de entrar en el día que ya no necesita justificarse.

Eso es lo que celebro hoy. La ilusión que sigue intacta. Y las personas que, sin saberlo, la han ido construyendo conmigo.

05

La valentía sin argumento

11 de mayo de 2026



¿Recuerdas la última vez que tomaste una gran decisión con total convicción pero sin ninguna certeza?

Es un momento incómodo, el que viene justo después de decidir. Cuando alguien te pregunta por qué y tú sabes la respuesta pero no la tienes en la boca todavía.

Sabes que es lo correcto, lo sientes en algún sitio que no tiene nombre. Las palabras no llegan y la mirada del otro aprieta y tú estás ahí, sin argumentos, con la decisión ya tomada y el paso ya dado y nada con lo que defenderte salvo esa valentía que no puedes argumentar.

Hay un lugar donde me muevo con más soltura de la que me gustaría reconocer: ese espacio donde nada está decidido del todo, donde la información no alcanza y probablemente no alcanzará, donde la única manera de avanzar es soltar la exigencia de tenerlo claro antes de moverse.

La mayoría cierra ahí. Reduce opciones, busca más datos, espera señales. Yo entiendo el impulso. Lo siento también. He aprendido en primera persona que las certezas que tanto buscamos suelen ser más frágiles que la incertidumbre que tanto tememos. El «y si» no es una amenaza. Es el único sitio desde el que puedes ver lo que todavía no existe.

Hablamos de reducir la incertidumbre como si fuera el mejor antídoto contra una mala decisión. La mayoría de las veces no hay nada que reducir. Hay que entrar. Con lo que tienes. Sabiendo que no es suficiente y moviéndote igual.

Ahora vivo rodeado de incertidumbres de otro tipo, las que no se eligen. Padres que se sostienen por hilos finos y que van a necesitar decisiones que nadie sabe todavía cómo tomar. Hijos que han echado raíces en una casa que quizás tengamos que

dejar. Escenarios que nadie controla del todo y que otros esperan que yo aterrice como si aterrizar fuera algo que se hace desde la certeza.

La decisión valiente no se hace desde la certeza. Se hace desde el eje. Eso es lo que más he tardado en entender: que para que el siguiente gran paso sea fértil necesita anclarse en algo que no dependa del resultado. Una visión, un deseo, una convicción que aguante cuando las preguntas aprietan y las palabras no llegan todavía.

Primero el paso. Luego las razones. ¿Cómo lo ves?

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de la beta

Te lanzas antes de tenerlo perfecto. Cada versión te enseña algo que ningún análisis previo te hubiera dado, y ese aprendizaje es el único mapa que vale.

Las mejores cosas que te han pasado no estaban en el roadmap. Estaban en lo que ocurrió cuando dejaste de esperar a tenerlo todo controlado. El lanzamiento no cierra nada: es el único sitio donde el proceso empieza de verdad.

02

La puerta del partido

Tienes un esquema, una manera de moverte, un equipo en el que confías. Con eso sales al campo. La clasificación final no la controlas, y hace tiempo que dejaste de intentarlo.

La convicción no es saber que vas a ganar. Es saber cómo quieres jugar cuando el resultado todavía no está decidido y la presión aprieta y nadie te puede garantizar nada.

El marcador cambia. El estilo es lo único que es tuyo.

03

La puerta del cuidado

Hay incertidumbres que no se atraviesan. Se sostienen. Padres que envejecen. Hijos que crecen. Decisiones que dependen de variables que nadie controla y que aun así hay que tomar.

Te mueves con lo que hay hoy. Sin esperar el dato que nunca va a llegar. La presencia constante, sin agenda, hace su trabajo aunque tarde en verse. Sostener eso, día tras día, es de las formas más exigentes de seguir decidiendo.

06

La hoguera

11 de junio de 2026



Hay una expresión que usé mucho durante años: *a la hoguera*. No lo decía con rabia. Lo decía con alivio. Como quien abre una ventana en una habitación cerrada demasiado tiempo.

Siempre me ha costado poco volver a empezar. Lo he visto como una fortaleza, incluso como una forma de vivir. Pero con los años he comprobado que soltar tiene un enemigo silencioso: el cansancio. Porque hay momentos en que

queremos mandar algo a la hoguera no tanto porque ya no sirva, sino porque estamos agotados de cargarlo. Y eso es otra cosa.

Recientemente mi viejo coche me lo recordó. Como decía mi hijo pequeño, «se la habían gastado los kilómetros», y me costaba más el arreglo que comprar uno nuevo. La ecuación era limpia. A la hoguera, con pena, pero sin duda.

Pero en las cosas verdaderamente importantes esa ecuación no existe.

Por ejemplo, mandar una amistad a la hoguera es lo más duro que he hecho. Porque si has compartido amor de verdad, algo de eso siempre queda. No se quema del todo. Y sin embargo hay un momento en que sostener deja de ser fidelidad a lo que fue y se convierte en un castigo. Para los dos.

Eso nadie te lo enseña. Te enseñan a luchar, a aguantar, a no rendirte. Pero nadie te dice que hay un tipo de esfuerzo que no construye nada, que solo desgasta. Y que reconocer ese momento a tiempo es, quizás, el acto más valiente de todos.

Y aun así, años después, hay noches en que me pregunto si lo hice bien, porque el amor que fue real sigue ahí, sin sitio donde ir. Eso también es parte del peso.

Con los proyectos, con el trabajo, con las cosas que no tienen cara ni historia compartida, pasa algo parecido pero al revés. Seguimos cargando sin preguntarnos por qué. Porque da

pena. Porque hemos invertido mucho. Como si el esfuerzo pasado fuera una razón para el sufrimiento futuro.

Ahora que se acerca San Juan, que es la noche en que culturalmente tenemos permiso para quemar, me hago la pregunta de cada año: ¿qué hay en mi vida que merece arder? ¿Y qué estoy sosteniendo por costumbre, por miedo, o porque nadie me ha dado todavía el permiso de soltarlo?

¿Qué tienes tú pendiente de decidir esta Noche de San Juan?

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de la cerilla

Llevas un rato mirando el fuego sin tirar nada. Todos a tu alrededor ya han quemado algo y tú sigues con las manos llenas.

Ya sabes lo que toca. Lo sabes desde hace tiempo. Pero soltar hace real lo que hasta ahora era solo una sensación. Y eso da más vértigo que la hoguera.

Esta es la noche, el fuego está aquí. Y tú también. Y lo que tienes en las manos pesa más que el miedo a soltarlo.

02

La puerta de la brasa

Lo que tienes entre manos ha costado sangre y tiempo y conversaciones difíciles. Y todavía tiene algo dentro que merece una milla más.

Sostenerlo es valentía. Pero una vez al año, frente al fuego, vale la pena preguntarse si lo sostienes porque crees en ello o porque llevas tanto invertido que ya no sabes distinguir las dos cosas.

Decides seguir. Con más fuerza que antes.

03

La puerta de la duda

No todas las noches de San Juan resuelven algo. A veces te quedas mirando el fuego con el mismo peso con el que llegaste, sin más claridad, sin el alivio que esperabas.

No pasa nada. No estás obligado a decidir esta noche.

Pero quédate con esto: ya no puedes fingir que no te estás haciendo la pregunta. Y eso, aunque no lo parezca, es el principio de algo.

07

Materia prima

11 de julio de 2026



Hubo un momento en que alguien esperaba una respuesta mía y lo que me salió fueron preguntas.

Me senté frente al ordenador y empecé a buscar. Documentos, informes, emails, mensajes. Abriendo y cerrando, yendo y volviendo, con esa sensación de que la respuesta tenía que estar en algún sitio y que si buscaba lo suficiente la encontraría.

No la encontré. Encontré otra cosa, que no era exactamente lo que necesitaban pero abrió un camino que antes no existía.

Llevo años construyendo un bagaje, cimientos que dan firmeza y a veces rigidez. Experiencia en entornos complejos, vista para el panorama general, un criterio acumulado a base de errores y correcciones. Todo eso pesa y es real. Pero hay momentos en que llegas a un sitio nuevo y ese bagaje no sabe todavía cómo ser útil. Me pasa ahora: un trabajo absolutamente nuevo, en una profesión que se está reinventando. Mi bagaje busca su forma, y no siempre está disponible.

La incertidumbre tiene esa textura particular: no es no saber qué hacer en general, es no saber qué hacer con lo que ya sabes. Eso descoloca. Especialmente si has sido siempre alguien de respuesta firme.

La otra noche soñé que transportaba ramos de flores en un carro. Eran muchos, grandes, vivos, imposibles de abarcar con los brazos. El carro pesaba. Y en algún momento del camino los ramos empezaron a moverse, a abrirse, a soltarse de las manos como si quisieran ser otra cosa. No llegué a ver en qué se convertían. Solo que dejaban de ser ramos.

Y mientras tanto, alguien sigue esperando respuestas. Quizá lo que cargas no sea solo equipaje. ¿Sabrás hacerte las preguntas adecuadas para responderlas?

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta del café caliente

Hay mañanas en que empiezas el día con una lista interminable de cosas que no sabes del todo cómo resolver. El café todavía está caliente. Nadie sabe lo que estás pensando.

Podrías quedarte ahí, mirando la lista, esperando a que algo cambie solo.

Pero no. Empiezas igual, sin saber cómo va a salir, antes de que el café se enfríe. Eso sí que no lo soportas.

02

La puerta del paisaje

Llevas tanto tiempo en el tránsito que ya no recuerdas bien cómo era saber con claridad lo que tocaba hacer. La incertidumbre ha dejado de ser una fase. Se ha convertido en el paisaje.

Cada día te preguntas si vas a encontrar la salida o si el paisaje, simplemente, es donde vives ahora.

No sabes si eso es una pérdida o simplemente el sitio en el que estás.

03

La puerta de la arcilla

Has decidido que lo que llevas es materia prima. En bruto, sin saber todavía qué forma va a tomar aquí.

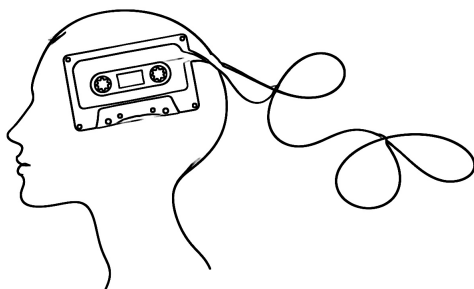
Cada intento es un golpe de cincel a ciegas. Algunos fallan. Alguno, sin que lo veas venir, da con la forma.

Materia prima es lo único que necesitas para empezar a esculpir. Lo que salga de ahí, todavía no lo sabes.

08

La cinta en la cabeza

11 de agosto de 2026



El domingo estuve una hora sentado con el móvil de mi hijo delante, decidiendo qué bloquear. Al principio sabes lo que buscas evitar: el algoritmo que no para nunca, los desconocidos que pueden escribirle, el diseño pensado para que no suelte la pantalla. Mis dos hijos son todavía demasiado jóvenes para autogestionarlo, y no es un tema a debate en esta casa.

Y ahora, de repente, Google nos manda un email a los dos para informarnos de que al cumplir 14 años la supervisión es opcional. Lo que antes gestionaba una app, a partir de ahora lo decide él. En otras palabras, si aceptamos, llegaremos a un nuevo pacto sin intermediario, donde la única protección real es confiar en que lo sembrado abrirá la conversación necesaria sobre cómo usa su teléfono.

Hace unos días había vuelto a leer «Profesión», un cuento que Isaac Asimov publicó en 1957. En su mundo, nadie estudia ni se equivoca. A los 18 años una máquina te lee el cerebro y te descarga una profesión mediante unas cintas. En minutos eres experto. Y también, si algo se sale del guion, completamente inútil: no sabes por qué funcionan las cosas, solo sabes operar lo que te instalaron.

Los pocos que nunca reciben la cinta aprenden despacio, a golpes. Y por eso son los únicos capaces de crear algo nuevo cuando el sistema falla.

No quiero que se enganchen a nada que esté diseñado para que no puedan soltarlo. Eso lo tengo claro y no negocio. Pero tampoco quiero resolverles cada duda antes de que la tengan, ni ahorrarles cada error antes de que lo cometan. Quiero que tengan que quedarse con la pregunta un rato y que luego me cuenten qué hicieron con ella. Si es que llegan a hacérsela.

Por ahora me toca ver qué pasa. Y pedirle que me explique el jueves lo que quiera contarme sobre su nueva libertad.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta del vacío

No aceptas la supervisión opcional. Cierras el email y no dices nada más en la cena. Sabes que algún día se equivocará con algo que ya no puedes ver, y tendrás que sostener el «no pasa nada» sin más argumento que dejarle llegar solo a la respuesta. Es incómodo para los dos, y tú lo sabrás antes que él. Pero la duda es suya, y suya es también la tarea de resolverla.

02

La puerta de la pregunta

Aceptas la supervisión opcional esta noche, sin dudarlo, casi sin pensarlo. Pero el jueves, en la cena, se lo preguntas de todas formas: qué haría él si tuviera que decidir solo. Escuchas la respuesta como quien toma notas para más adelante, para ir sabiendo hacia dónde aflojar o por dónde apretar.

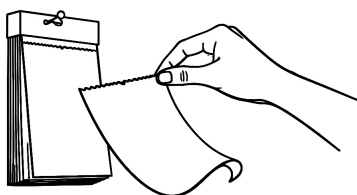
La puerta del asesor

Aceptas la supervisión opcional. Pero antes le preguntas a tu IA qué app de control parental es la mejor valorada este año. Instalas la que te recomiende, activas los ajustes por defecto, y cierras el portátil con la sensación de haber resuelto algo. El jueves ya no hace falta preguntarle nada: la cinta ya está puesta, y es la tuya.

09

Los minutos de gloria

11 de septiembre de 2026



Tengo 3 minutos irrenunciables de lectura curiosa por la mañana. Vienen de un almanaque que ha estado en mi familia toda la vida. Sus fans lo llaman «el taco», y lo mismo habla de los seres vivos más antiguos del planeta que de la receta del verdadero salmorejo.

Es de papel. No tiene wifi. No se actualiza. Cada mañana se arranca una hoja y desaparece, y durante esos tres minutos nada me alcanza, ni el email, ni el grupo de WhatsApp. Pero en cuanto la hoja cae, vuelvo a correr como los demás, otra vez con el reloj marcando el paso y el «ya toca» de fondo.

Y me pasa una cosa curiosa. Cuando consigo un hueco para mí «gracias a optimizar mi tiempo», no siempre sé qué hacer con él. Un paseo por el parque, jugar con mis hijos, leer un libro. Cualquiera me recarga. Pero muchas veces se acaba rellenando con otra cosa que parece un respiro y no lo es.

Es como cuando gano 20 minutos por no tener que hervir el arroz. Lo meto en un minuto al microondas y está listo para comer. He ganado 19 minutos para scrolllear como un zombie con el móvil...

Cuando lo hago «lento», sofrío un par de ajos, lo pongo a hervir con sal, espero los minutos de cocción y lo escurro. El del microondas ni sabe igual ni se come con la misma calma. Y el casero, además, me da para tres o cuatro raciones.

Lo bueno es que mi arroz casero es una guarnición que va de lujo con un salteado o un guiso. Y por suerte ambos huelen a hogar mientras se cocinan.

Me pasa lo mismo con este texto, que ha ido haciendo chup chup durante semanas. Espero que te llegue el olor a sofrito del bueno.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de la ensalada

Son las nueve de la noche y tienes hambre de verdad. Abres la nevera, ves la ensalada de bolsa y en un minuto está lista. Comes de pie, mirando el móvil, y para cuando terminas ya no recuerdas bien si era César o Mediterránea.

Eso sí, la receta de galletas de Halloween en TikTok es una pasada.

02

La puerta del sofrito

Sofríes una cebolla con pimiento aunque son las nueve y estás cansado. La casa empieza a oler mientras remueves sin mirar el reloj. No has ahorrado nada. Has invertido cuarenta y cinco minutos que no tenías.

Pero cuando por fin te sientas, alguien pregunta por qué está tan rico hoy. Y ahí sigues, todavía, un rato más hablando.

La puerta del tupper

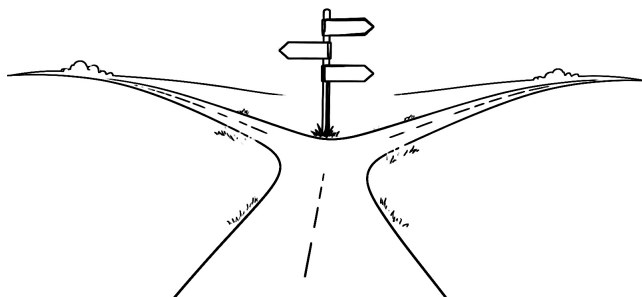
No tienes hambre ahora, pero preparas igual: un poco más de arroz, un poco más de guiso, un tupper de más que dejas en la nevera para mañana, por si tienes prisa.

Tu cabeza ya se ha ido a la lista de tareas pendientes. ¿Mañana era miércoles?

10

Instrucciones sin sentido

11 de octubre de 2026



¿Qué haces con una instrucción cuando ya no sabes adónde lleva? Si no sabes de qué te hablo, piensa en lo que haces cuando usas ChatGPT, Claude, Copilot o el que más te guste.

Le dices a una IA lo que quieres. Y te sorprende que no lo entienda, o que te devuelva algo que no buscabas. Pero quien no sabía bien lo que quería, ni cómo decirlo, muchas veces éramos nosotros. Queríamos que ocurriera, pero no nos paramos a explicarlo.

Puede parecer un problema de manejo de herramientas, pero es un conflicto mucho más antiguo.

Saber lo que quieres es difícil, sobre todo cuando sobran las opciones. Porque si todo llega tan rápido y con tan buena presentación, cuesta más distinguir entre lo que quieres y lo que crees que quieres.

Obtener lo que otros prometen parece sospechosamente fácil. Saber lo que quieres de verdad, y si estás remando hacia ahí con tus mejores capacidades, cuesta mucho más.

Lo ves cada día, en el trabajo y en casa. Es martes, las ocho y diez, y escribes: «Organízame el día». Sin decir qué día, ni qué importa más, ni qué quieres que haya pasado cuando llegue la noche. La respuesta llega rápida, ordenada, con viñetas. Y no te sirve. En casa, la misma escena en pequeño: «¿Qué cenamos hoy?», lanzado al aire con la esperanza de que alguien, o algo, decida lo que tú no has decidido.

Es la crónica de un deseo muy humano: que el día se resuelva solo, sin tener que saber qué quieres de él.

Y sin embargo todo depende de eso. De tener algo escrito dentro que no cambie cada vez que cambia el viento. Un eje. Más parecido a una convicción, que reconoces cuando la pierdes porque notas su ausencia. *La dirección la escribes tú. Lo que hagas con ella también.*

La instrucción sigue ahí, escrita por ti. Tú decides la dirección y cómo vives las curvas y los brindis del camino.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de Waze

La dirección la escribiste tú. El navegador hizo lo que le pediste. Llevas un rato sospechando que esta carretera no pasa por donde querías, y aun así giras, continuas, giras. Cuando la salida aparece, pones el intermitente antes de haberlo decidido.

02

La puerta de la radio

Cierras el navegador. Sin ruta, sin voz, sin hora estimada de llegada, solo escuchando la radio. Hay que ser un poco iluso para salir así. Sales. Hay tramos que se pasan solos y otros que se rehacen tres veces. Al final no sabes exactamente cómo llegaste. Pero sabes que volverías a salir sin ruta.

La puerta de WhatsApp

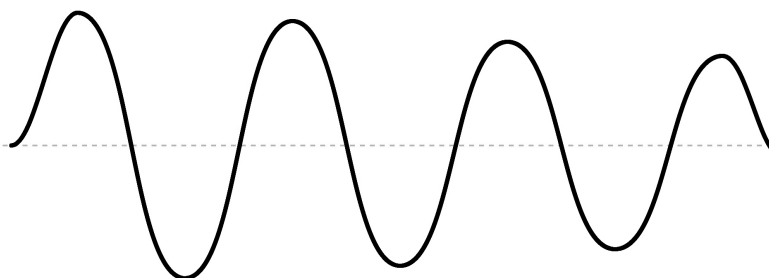
Llevas un rato parado en la estación de servicio. Vuelves a leer las instrucciones que te enviaron por WhatsApp, una ruta corta que tenía todo el sentido. Ahora no tanto. Relees.

Pruebas una cosa, la deshaces, pruebas otra. Hay un desvío que no recordabas y dos curvas más adelante entiendes por qué nadie lo coge. Y también por qué era la correcta.

11

Vórtices de armonía

11 de noviembre de 2026



VÓRTICES DE ARMONÍA

ENSAYO & ERROR · 11.11

¿Estás dispuesto a aceptar que alejarte del centro puede ser una buena manera de encontrarlo?

Siempre me ha gustado rodearme de personas excesivas. Crecí entre excesos, unas veces sin control y otras por pura convicción, como una entrega absoluta. Desde entonces me acerco a esos vórtices con admiración, pero también con distancia, como quien se asoma a un precipicio con una mano en la barandilla.

Hoy los tengo por todas partes porque los he buscado. Y tengo mi propio exceso: la obsesión por que todo lo que hago, cada día, cada minuto, tenga «sentido».

Lo veo en las investigadoras con las que trabajo, capaces de pasar semanas detrás de una pregunta que casi nadie más entiende. En los amigos que se ponen metas imposibles para reconciliarse con su niño interior y se ganan una lesión y unas risas. O en una de mis tías, que tiene una fuente infinita de afecto y dedicación para sus hijos y sus amigos, la misma que la deja exhausta y necesita ser recargada con paseos y mimos en otra ciudad.

Parecen locos y casi siempre actúan desde su centro. Visceral, pero nítido. Y son ellos los que me ensanchan el camino: lo que yo llamaba centro hace unos años cabe hoy dentro de lo que ellos hacen un miércoles cualquiera.

Es lógico. Casi nada grande se consigue desde el punto medio, aunque haya que volver a él para tomar fuerzas. La armonía es el conjunto entero, con el medio y sus extremos incluidos. Se entra, se sale, y en cada salida el centro se hace un poco más ancho.

Eso, con los vórtices que me gustan. Con los otros me cuesta más.

Lo sé porque yo también he estado ahí. Cualquiera de esos días en los que estás sobrepasado por lo de fuera y por lo de dentro, lo pagas con alguien que parece cómodo y ya no quiere apostar

por algo en lo que crees. Y empiezas a discutir como si te fuera la vida en ello, aunque a ninguno de los dos nos importe tanto.

Sin saber cuántas veces lo ha intentado. Sin saber qué frenos le impiden avanzar.

Ese extremo también forma parte de mi dibujo. No quiero quedarme a vivir ahí, aunque a veces consigo asomarme sin irritarme.

Tres puertas

Este ensayo tiene tres finales posibles. ¿Cuál es el tuyo?

01

La puerta de la escapada

Te vas unos días a otra ciudad sin dar muchas explicaciones. Paseos, mimos, ninguna meta que cumplir. Nadie te pregunta para qué. El lunes vuelves a tu día a día con las mismas obligaciones y un poco más de sitio dentro.

02

La puerta del sinsentido

Hoy haces algo que no sirve para nada. Lo haces entero, con ganas, sin buscarle el para qué. A mitad se te olvida que buscabas uno. Alguien te pregunta qué sentido tiene y, por primera vez, te da igual no saberlo.

La puerta de la barandilla

Estás asomado, como siempre, con una mano agarrada a la barandilla. Del otro lado alguien te grita que saltes, que son dos palmos. Sueltas la mano. Eran cuatro. Te ríes igual. Cuando vuelves, la barandilla sigue en su sitio. Tú no.

Sobre el autor



Nací en Navarra en 1984 y me fui a Barcelona a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas. Me quedé casi veinte años. Trabajé en proyectos digitales para empresas como Fotocasa, Grupo Planeta y Nissan, y entre 2012 y 2019 monté con mis socios mi primera empresa, Dream Planner.

Hoy vivo otra vez en Navarra, con mi familia, que es mi eje y mi centro, y con dos hijos que me demuestran a diario que en lo sencillo está la felicidad. Me encanta cocinar: me relaja y me deja sacar mi lado más creativo. Me encanta tener la última palabra y, a veces, me meto donde no me llaman.

Siempre he creído que todos tenemos múltiples talentos, aunque no siempre nos permitamos explorarlos con curiosidad e ilusión. Mi primer álbum ilustrado, *Nono y el*

árbol de los deseos, cuenta el viaje de un gorrión precozmente aventurero que descubre que el mundo de ahí fuera no es tan seguro como parecía desde el nido.

Ensayo & Errores es mi segunda aventura editorial. Caótica y con cadencia, como la vida misma.

Contacto · guillermoirure.com · linkedin.com/in/guillermoirure